

Gamio, G. (2023) La Crisis Perpetua: Reflexiones sobre el Bicentenario y la baja política. Fondo Editorial de la Universidad Antonio Ruiz De Montoya; 1er edición.

Andrés Alberto Munte Barbagelata
Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Lima, Perú
ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-0216-6279>
Contacto: ap2100178@uarm.pe

Deliberación: la clave para romper la perpetuidad de la crisis

Se supone que el término crisis alude a un período de la vida de una persona o de una comunidad en el cual se presentan experiencias de conflicto, división o confusión. Estas generan crecimiento porque apelan a desarrollar o fortalecer nuestra capacidad de juzgar o hacer distinciones (...). En la narrativa biográfica o histórica, los procesos de crisis pueden aparecer con relativa frecuencia, pero no pueden ser permanentes. Por definición deberían tener un carácter episódico y concebirse como una oportunidad para madurar.

Gonzalo Gamio, La Crisis Perpetua.

La *Crisis Perpetua* (2023), última obra del filósofo peruano Gonzalo Gamio (1970), está dividida en tres partes: en la primera parte nuestro autor presenta ensayos de filosofía política aplicados a la realidad peruana, dejando ver aquellos principios y categorías en los que

basa su pensamiento. Podríamos decir que esta parte profundiza en la cuestión filosófica. La segunda parte, que, cronológicamente, fue la primera en escribirse, constituye un testimonio en tiempo real de los acontecimientos de los últimos años. Es por ello que en varios de sus ensayos veremos nombres y apellidos de exfuncionarios y expresiones del tipo “lo que sucedió hace una semana” o “lo que sucedió ayer” haciéndose alusión a hechos relevantes que sacudieron la vida política en nuestro país y que constituyen un testimonio documental escrito con la reflexión de un pensador que, al mismo tiempo, se encuentra viviendo y, por tanto, *sintiendo* determinado período histórico. Finalmente, la tercera parte hace referencia a los “nudos éticos y políticos” (2023, p. 19) de ese hito decepcionante que fue nuestro Bicentenario, celebrado en medio de una catástrofe política y sanitaria inimaginable incluso para el peor de los pesimistas.

Este libro, visto ya como un todo, tiene la particularidad de servir de testimonio de un tiempo y lugar determinados, pero también apela a conceptos que son herencia de la tradición filosófica y la tragedia clásica, que han trascendido los siglos. En él coexisten lo particular, pero también la pretensión de universalidad: no de una verdad definitiva y abstracta aplicable a todos los lugares y tiempos, sino de principios que conviene conservar para una mejor vida en común. Así, no es inusual pasar por sus páginas y encontrar que los acontecimientos cotidianos son revisados a la luz de Sófocles, Aristóteles, Tocqueville, Martha Nussbaum, Amartya Sen, entre otros.

Con la publicación de esos ensayos que conforman *La Crisis Perpetua*, Gonzalo Gamio ha vuelto a traer una mirada filosófica al transcurrir cotidiano, que en nuestro país se manifiesta como un constante saltar de una crisis hacia otra, a veces interrumpido por períodos que bien podrían interpretarse como de paz o, quizás, de indiferencia. Esta vez, sin embargo, la crisis presenta particularidades que nuestro autor ha considerado que no se deben trivializar y que, por tanto, se deben más bien subrayar. Y como la crisis a la que se refiere Gonzalo Gamio es transversal -esto es, se encuentra presente de manera simultánea en

más de una “esfera” (política, educativa, sanitaria, etc.) - son diversos los temas que aparecen en sus páginas: el contraste entre la noción de ciudadanía y ese populismo que encuentra su justificación definitiva en la presunta sabiduría de esa entidad - tan sagrada como inexistente - llamada “pueblo”, la ética en relación con la migración, el enfoque de capacidades y la justicia social, la violencia y la memoria, así como el invierno intelectual de nuestra sociedad en general y de nuestra clase dirigente en particular, entre otros temas.

Y, sin embargo, más allá de la diversidad de temas particulares que Gamio es capaz de tratar como síntomas de la crisis, hay un elemento común que atraviesa todas estas manifestaciones: la falta de deliberación. De esta manera, sin prescripciones absolutas ni fórmulas mágicas, nuestro autor nos muestra una de las posibles herramientas que podemos recuperar para afrontar la crisis en medio de las propias circunstancias. De más está decir que sería absurdo suprimir totalmente la importancia de las acciones eficaces que provienen de las facultades que tienen las autoridades, para proponer un diálogo infinito o exaltar la palabrería. El trabajo de Gonzalo Gamio no es, después de todo, un manifiesto a favor de la ingenuidad. Pero lo que sucede hoy es lo contrario: la sospecha contra la palabra, la devaluación del debate y una vida en común que es, en realidad, lo que el filósofo norteamericano Matthew Crawford (2016) ha denominado un “solipsismo de masas”, integrado por individuos atomizados que suscriben el contrato de adhesión de la ideología de moda para, desde una posición fija y a través de alguna de esas plataformas elaboradas por corporaciones que lucran con nuestra atención, atacar dogmáticamente a cualquiera que se atreva a mirar hacia las cuestiones sociales con una óptica distinta.

Después de todo, pareciera ser que el eslogan “más acciones, menos palabras” emerge como la fórmula precisa para sacarnos de cualquier crisis. No obstante, resulta difícil ver cómo la ejecución poco reflexionada puede tener efectos positivos. Es posible, en realidad, que la ingenuidad se evidencie claramente en la creencia que dice

que es a partir de la espontaneidad pura, del mero actuar – entendido equívocamente como “libertad” – que puede surgir alguna solución definitiva. Ante el absurdo que representaría tal alternativa, nuestro autor se posiciona en favor de la deliberación, que podría definirse en su versión sencilla como “tratar un asunto entre varias personas” o, de forma más compleja, como “considerar atenta y detenidamente el pro y el contra de los motivos de una decisión, antes de adoptarla, y la razón o sinrazón de los votos antes de emitirlos”¹. Es interesante ver que estas definiciones de deliberación se corresponden con la noción de “poder” de Hannah Arendt, citada por Gonzalo Gamio de la siguiente forma en uno de los ensayos de *La Crisis Perpetua*: “*El poder representa, fundamentalmente, una potencia cívica, pues se define como “la capacidad de actuar en concierto”, es decir, como algo que acontece cuando las personas se reúnen para deliberar juntas y elegir emprender un curso de acción conjunta*” (2023, p. 41).

No es difícil notar que en las páginas de *La Crisis Perpetua* la deliberación no sólo se propone como el ejercicio indispensable para reflexionar conjuntamente sobre los cursos a seguir, sino que constituye una acción en sí misma, representada por el despliegue constante de una actitud comunicativa. Gonzalo Gamio nos recuerda lo siguiente:

No es un secreto que, en el Perú, vivimos una suerte de prolongado e inclemente invierno intelectual, el cual afecta a todos los sectores de nuestra sociedad. El trabajo con el argumento y la evidencia –base de un auténtico consenso público– brilla por su ausencia en nuestra clase política, élites empresariales, autoridades sociales y prensa. Se ha debilitado notoriamente todo indicio de una *cultura de la deliberación* en los espacios de opinión pública, en los cuales hoy impera sin

¹ La primera definición es la que figura en el *Diccionario del Uso del Español - Manual* de María Moliner. La segunda es la definición del *Diccionario de la Lengua Española*. Puede consultarse en el siguiente enlace: <https://dle.rae.es/deliberar>.

resistencia alguna un discurso arraigado en la mera expresión de preferencias subjetivas, o en la exhibición de intereses personales o de facción. La arena política se ha convertido, a su vez, en el improvisado escenario de un juego de fuerzas elemental y carente de reflexión. (2023, p. 147)

Por supuesto, Gonzalo Gamio no propone la deliberación desde una posición que pretende abrazar la neutralidad o fingiendo no tener ningún compromiso con principios que conforman determinada doctrina filosófico-política. El filósofo peruano Ricardo Falla había ya resaltado en su reseña de uno de los libros previos de nuestro autor, titulado “El Experimento Democrático”, que existe un énfasis firme en la adscripción del autor al liberalismo. En este libro resulta evidente el mismo énfasis del autor al presentar, desde su óptica, algunas de sus propuestas ante la crisis. Pero más allá de si uno coincide o no con sus argumentos, en cuanto expresiones fundamentadas que sostienen su visión particular de las cuestiones de la vida en común, la importancia de la deliberación trasciende esas particularidades. Es, en realidad, el necesario estadio previo que va a permitir que los ciudadanos sean bienvenidos al intercambio comunicativo. *La Crisis Perpetua* propone, por una parte, la centralidad de la deliberación en la vida democrática y, por el otro, termina constituyendo ese ejercicio de vulnerabilidad y valentía de un autor que argumenta desde una posición propia, lo que en el lenguaje de la Teoría de la Acción Comunicativa de Habermas (1999) podría denominarse como plantear con sus manifestaciones pretensiones de validez que pueden ser susceptibles de defensa o crítica, es decir, que pueden ser fundamentadas.

Es preciso recordar, de todos modos, que “deliberar no es lo mismo que decir lo que uno piensa; implica someter los propios argumentos a examen crítico para sopesar qué direcciones podría tomar la acción común.” (Gamio, 2023, p. 51). En su célebre libro *La Vie Simple*, publicado originalmente en 1895, el pastor protestante y liberal francés Charles Wagner (1904) señaló lo siguiente:

Anteriormente los medios de comunicación entre hombres estaban considerablemente restringidos. Era natural suponer que al perfeccionar y multiplicar las vías de información se lograría una mejor comprensión. Las naciones aprenderían a amarse unas a otras... los ciudadanos de un país se sentirían unidos en una hermandad más estrecha... (...) pero este razonamiento se basó en la naturaleza y capacidad de los instrumentos, sin tener en cuenta el elemento humano, siempre el factor más importante. Y lo que realmente ha ocurrido es esto: que los caviladores, calumniadores y delincuentes (todos ellos caballeros de lengua laxa, que saben mejor que nadie cómo hacer que la voz y la pluma cuenten) han aprovechado al máximo estos amplios medios para hacer circular pensamiento, con el resultado de que los hombres de nuestro tiempo tienen la mayor dificultad del mundo para conocer la verdad sobre su propia época y sus propios asuntos.

Es interesante notar que, hacia fines del siglo XIX, cuando empezaban a multiplicarse - aunque lentamente - los medios de comunicación, ya existía esta tendencia a aniquilar la deliberación, utilizando a la palabra misma para esparcir información perjudicial. La palabra puede ser mal utilizada para favorecer la difamación, cerrar la discusión, propagar mentiras y generar división. Por supuesto, todos estos vicios han existido desde hace siglos y, sin embargo, con la colosal multiplicación de medios de comunicación que ha visto nuestro tiempo, esta actitud es hoy muy fácil de corroborar. Por otra parte, lo dicho por Wagner nos invita a resaltar otra cuestión, sobre todo en el mundo contemporáneo, rendido a la tecnología: sin predicar la necesidad de volver a otro tiempo, es preciso reconocer que existe una forma de fe ciega en las herramientas novedosas como inherentemente emancipadoras que convendría dejar de lado, en tanto lo que al final cuenta en mucha mayor medida es el elemento humano.

Y esto nos lleva a la siguiente ilusión. Porque no es extraño que quien atestigüe esta mala utilización de la palabra, desprovista ya de

significado y diluida en un mar de palabrería, proponga como alternativa la absurda necesidad de abandonarse a las imágenes y los eslóganes como un atajo hacia la “acción”. Después de todo, en las redes digitales masivas, conocidas como “redes sociales”, proliferan la publicidad y la propaganda, que siempre apelan a la exacerbación de emociones para generar una reacción que se traduzca en determinada actuación. Considerando que, a juicio de los estándares vigentes, la discusión basada en la argumentación puede ser lenta e ineficiente, resulta más conveniente el adoptar ese simulacro de discusión que se despliega en estas redes, que no es más que la exaltación de la ética del bufón y que parece premiar la creatividad para confeccionar eslóganes acusatorios. Habría que ser muy impráctico para sugerir el debate. Y, sin embargo, este camino aparentemente lento e impráctico es el que Gonzalo Gamio sugiere correctamente porque, básicamente, no tiene sucedáneo y resulta esencial para seguir viviendo en democracia.

Ninguna de las opciones antes señaladas, entonces, son alternativas juiciosas a la deliberación que, como Gonzalo Gamio ha dejado claro, no puede ser sacrificada sin pagar un precio demasiado alto. Porque, si analizamos bien la situación, ambas terminan siendo inherentemente instrumentales: por una parte, en el ejemplo de Wagner, se instrumentaliza la palabra para conseguir un provecho personal o tribal, mientras que, en la segunda, que termina empeorando la situación aún más, se opta por sacrificar la palabra en favor de la eficiencia de la imagen. Y se promueven estas imágenes y eslóganes para instrumentalizar al ser humano y despertar el impulso urgente que lo lleve a adherirse a la ideología que convenga al propagandista de turno. La deliberación que propone nuestro autor rompe la dicotomía y, lejos de instrumentalizar, humaniza: invita a mirar a los ojos del interlocutor y escuchar, por más que al final todo termine en discrepancia.

En su libro *La Parole Humiliée* (La Palabra Humillada), publicado originalmente en 1981, el historiador de las instituciones, sociólogo y teólogo francés Jacques Ellul (1985) dijo: “La gente occidental ya no escucha; todo es tomado por la vista. Ya no habla, solo muestra”. Pocos

años después, y en un tono algo parecido, el crítico social estadounidense Neil Postman (2012) mencionó en su libro “Divertirse hasta morir”, publicado originalmente en 1985, lo siguiente: “Los estadounidenses ya no hablan entre ellos, se entretienen. No intercambian ideas, intercambian imágenes”. Pareciera ser que esta tendencia que ambos pensadores diagnosticaron en su tiempo no ha hecho más que exacerbarse con el auge de las redes digitales masivas. En el mismo espíritu que busca recuperar el lugar central de la palabra, Gonzalo Gamio también nos invita a escuchar y hablar:

Buscar y adoptar las ideas correctas no basta para saber coexistir en un régimen libre; no es una disposición cívica que resulte suficiente para edificar una sociedad realmente democrática, pues sólo constituye una parte de la historia que quisiéramos algún día narrar y defender. Incluso más importante que ello resulta desarrollar la actitud correcta frente a las ideas, propias y ajenas. (2023, p. 57).

Esa actitud correcta para nuestro autor está basada en lo que se conoce como *falibilismo*. Ante esa falsa deliberación que termina siendo, en realidad, un aleccionamiento moral del otro y que glorifica el sesgo de confirmación, - aquel que parte desde las conclusiones ya sacadas de antemano hacia las premisas elegidas antojadizamente - el autor nos invita a dejar una puerta abierta para permitir el cultivo perpetuo del pensamiento, dejándonos guiar por la fuerza del argumento. Para Gonzalo Gamio el ethos democrático está conformado, necesariamente, por la deliberación y una actitud falibilista, tal como se puede advertir en el siguiente párrafo:

Los pragmatistas estadounidenses plantearon acertadamente que la deliberación pública debía cultivar una actitud falibilista. Se trata de una disposición ética que subyace a la práctica del debate en los espacios comunes. Por un lado, implica el compromiso de defender la propia posición hasta donde alcancen las fuerzas del argumento. No obstante, si

en el proceso dialógico caemos en la cuenta de que nuestro argumento se revela inconsistente o defectuoso, debemos estar en condiciones de cambiar de posición y asumir un mejor argumento. Esta constituye una actitud intelectualmente saludable y honesta que pone énfasis en la validez de las razones frente al imperio de los intereses (2023, p. 51)

Conclusiones

Al final, el libro de Gonzalo Gamio constituye una invitación, pero no a nivel abstracto o únicamente dirigida a los otros, sean la clase dirigente, la academia o los periodistas: me invita a mí, lector del libro, a traer mis argumentos a la mesa que comparto en las comunidades a las que pertenezco, recordándome, al mismo tiempo, que hay cuestiones - como la deliberación misma - que no pueden reemplazarse por la seducción que traen las imágenes y los eslóganes y la consecuente persecución compulsiva de “likes” en plataformas digitales diseñadas para propiciar la adicción conductual. Deliberar es una forma de actuar desde mi posición, no sólo hablando sobre mis derechos, que son una parte sumamente importante, sino también sobre mis deberes cívicos, porque sin ellos la foto está incompleta. Y uno de los deberes menos de moda de hoy es tratar a quienes discrepo con honestidad y respeto. Porque no es necesaria una observación muy profunda para concluir que necesitamos mejores políticos y mejores ciudadanos. Pero también es cierto que yo tengo que ser un mejor ciudadano. La filosofía política no es una materia cuyo propósito sea la sofisticación para la queja del observador desvinculado, sino que debería invitarme a vivir haciéndome preguntas a mí mismo para girar cuando sea necesario.

Es necesario resaltar, finalmente, la naturaleza dialéctica de *La Crisis Perpetua* que, justamente al explicitar la crisis, invita al abrazo de cierta forma de esperanza razonable que se manifieste en una acción reflexiva. Porque la paradójica “crisis perpetua” en la que

vivimos también puede entenderse como esa perpetua posibilidad que está más allá de la acumulación de frustraciones continuas que representa la sociedad a medio construir en la que habitamos. Es por ello por lo que este libro oportuno no termina recomendando el abandono o la indiferencia, sino que nos recuerda esa frase de Basadre que está teñida en nuestro horizonte: *el Perú es posibilidad*. Porque es cierto que nosotros somos herederos de la fragmentación, pero también somos responsables.

Por supuesto, sería un ejercicio de ilusión política creer que alguna vez el Perú funcionará como una sociedad perfecta, pero sería cínico tildar de idealista a quien tiene la facultad de esperar algo más que esa institucionalización del vicio que resulta ser nuestra política. Y no hay necesidad de ser iluso: tomar una acción reflexiva implica tanto reconocer que no podremos eliminar todos los problemas que configuran la vida en común, como rechazar el desgano que nos lleve a dejar las cosas como están. Y la importancia de este libro es que nos recuerda esto último: sin necesidad de adherirse a la falsa promesa de una vacua utopía o a esa pesadilla absurda que es el autoritarismo disfrazado de orden, no podemos, incluso desde nuestras pequeñas acciones cotidianas, dejar al Perú como está.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Crawford, M. (2016) *The world beyond your head: on becoming an individual in an age of distraction*. Farrar, Straus and Giroux.

Ellul, J. (1985). *The humiliation of the word*. (Trad. Joyce Main Hanks). Wipf and Stock. (Trabajo original publicado en 1981).

Ellul, J. (2016). *Presence in the modern world*. (Trad. Lisa Richmond) Wipf and Stock. (Trabajo original publicado en 1948). <https://doi.org/10.2307/j.ctvj4swqk>

Gamio, G. (2023). *La Crisis Perpetua: Reflexiones sobre el Bicentenario y la baja política*. Fondo Editorial De La Universidad Antonio Ruiz De Montoya.

Habermas, J. (1999). *La teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main. (Trad. Manuel Jiménez Redondo). Grupo Santillana de Ediciones S.A. (Trabajo original publicado en 1981).

Postman, N. (2012). *Divertirse hasta morir: el discurso público en la era del "show business"*. (Trad. Enrique Odell). Ediciones La Tempestad. (Trabajo original publicado en 1985).